

# EEUU-Irán, una crisis que ya dura 27 años

**ASIGNATURA PENDIENTE.** George W. Bush logró lo que su padre no pudo hacer: derrocar a Sadam Husein. Tal vez eso le estimule a intentar ahora lo que otros presidentes, desde Carter en adelante, tampoco consiguieron: la caída del régimen islámico iraní. La decisión del ultraconservador Ahmadineyad de terminar con la moratoria de enriquecimiento de uranio y su provocadora retórica dan a Washington la excusa para volver a poner a Irán en el blanco de su diana. Por Roberto Montoya



Carter y su esposa lloran al recibir al sha en 1977 por gases lacrimógenos arrojados contra los manifestantes. / CORBIS

Los tambores de guerra contra Irán han sonado más o menos fuertes a lo largo del último cuarto de siglo, desde el mismo momento que el ayatolá Jomeini llegó al poder en 1979, y George W. Bush ha encontrado su gran oportunidad para centrar los ojos de la comunidad internacional en Teherán después de que Mahmud Ahmadineyad autoproclamara el 11 de abril pasado a bomo y platillo la entrada de su país como nuevo socio del club de las potencias nucleares. Irán hizo alarde entonces de contar ya con sus primeras centrifugadoras con capacidad de enriquecer uranio.

A pesar de que el ultraconservador Ahmadineyad intenta capitalizar para su régimen ese triunfo, insuflando patriotismo en su pueblo y rentabilizando políticamente el nuevo poder que su programa nuclear le puede dar en la región, en realidad él llegó al poder en 2005, por lo que ha sido durante gobiernos reformistas anteriores cuando los científicos iraníes lograron los avances técnicos que hoy han logrado finalmente dar a luz. Los expertos del OIEA (Organismo Inter-

nacional de la Energía Atómica, fundado en 1957, con 139 Estados miembros) reconocen que aunque no fuera verdad que Teherán persiga sólo un uso civil de esa energía —generar electricidad tal como sostiene—, sino también militar —elaborar bombas nucleares—, tardaría muchos años en lograrlo.

## ¿Quién tiene armas?

Los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia y China, son quienes tienen *legalmente* armas nucleares y han realizado pruebas con ellas. Sólo EEUU las ha utilizado en conflictos bélicos, contra las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, el 6 y 9 de agosto de 1945, matando a cientos de miles de personas. A partir de la creación del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) en 1968, los cinco grandes se comprometieron a abogar por el desarme, a facilitar el acceso a la tecnología nuclear para uso civil al resto de los países, erigiéndose a su vez en garantes de

que otros países no pudieran acceder al arma atómica.

Sin embargo, varios países han desarrollado posteriormente armas nucleares, fundamentalmente Pakistán, la India e Israel, ninguno de ellos signatario del TNP. Corea del Norte, que sí lo era, pero del que se salió en 2003, asegura también tener la bomba atómica. El reciente acuerdo de cooperación nuclear entre EEUU y la India, país que realizó su primera prueba nuclear en 1974 y que desde 1998 es considerado potencia nuclear, ofi-

## Pakistán, la India e Israel tienen armas nucleares y no firmaron el TNP ni son controlados por el OIEA

cializa de hecho la entrada de ese país de 1.000 millones de habitantes en el club de las cinco potencias atómicas, sin que se haya comprometido a firmar, sin embargo, el

TNP. La India sigue por tanto sin someterse al control de los expertos del OIEA, ante los que, paradójicamente, sí se somete Irán. Aunque lo quisiera, y es muy probable que lo quiera, tendría un retraso de décadas con respecto a la India, Pakistán e Israel en el desarrollo de armas nucleares. Y esa es una de las denuncias que siempre ha hecho Irán, la del doble rasero que se utiliza hacia su país. A pesar de ser miembro del TNP, que le autoriza a enriquecer uranio para uso civil, y a pesar de haber firmado su Protocolo Adicional y aceptado exhaustivas inspecciones del OIEA, cada vez se le ha exigido más y más condiciones, como a ningún otro país. Durante años renunció incluso voluntariamente a su derecho a enriquecer uranio. Hasta que llegó Mahmud Ahmadineyad al poder y dijo ¡basta!

Aunque enriquecer uranio no viola los acuerdos del TNP, las bravuconadas de Ahmadineyad, sus constantes alusiones a que Israel tendría que desaparecer del mapa y su negación del Holocausto muestran que quiere jugar con la

ambigüedad de cuál es el fin último de su programa nuclear. Al alardear precisamente con la entrada de Irán en el club de las potencias nucleares Ahmadineyad busca no sólo fomentar el nacionalismo iraní y unir alrededor suyo a su pueblo. También recuerda a todos, y especialmente a EEUU, el poder que le da su influencia sobre su vecino Irak, con una población también mayoritariamente chií (el 60% de los habitantes de Irak).

## Crisis EEUU-UE en los 90

Igualmente utiliza la fuerza que le da el ser uno de los más poderosos productores de petróleo del mundo, planeando incluso lanzar una bolsa petrolera en euros, que ya funciona de forma experimental y que afectaría enormemente al dólar. Ahmadineyad intenta asimismo con sus provocadores discursos erigirse en el líder de más influencia en el inmenso y convulsionado mundo islámico.

Cuando planean sobre Irán la sombra de, al menos, un paquete de sanciones, difícil de consensuar

## Poder nuclear a través de mandato divino

MANUEL MARTORELL

El problema del desafío nuclear iraní no estriba en la falsa polémica de si esta energía tendrá un uso civil o militar. Parece obvio que el segundo país productor de petróleo y gas de Oriente Próximo y el cuarto de todo el planeta, con el 12% de las reservas de crudo existentes y el 15% de las de gas, no necesita energía nuclear para uso civil, sobre todo teniendo en cuenta que, aparte de la industria energética, que supone el 80% de todos los ingresos de Irán, apenas existe en la antigua Persia un tejido industrial y un consumo que pongan en peligro estas ingentes reservas. Esta polémica no es más que una maniobra de distracción

propagandística destinada a conseguir la comprensión de la opinión pública internacional, explotando el generalizado sentimiento antinorteamericano.

En realidad, los apoyos que está recibiendo Ahmadineyad por este asunto, tanto dentro de Irán como en el resto del mundo musulmán, no lo son porque defiendan el derecho iraní a tener una energía alternativa que no necesitan sino porque consideran que mientras países vecinos y potencialmente enemigos, como Israel, Pakistán o la India, tengan la bomba atómica, Irán también tiene derecho a tenerla. En este planteamiento, el radical Ahmadineyad podría, incluso, coincidir con su predecesor, el reformista Jatami, verdadero responsable del programa nuclear iraní, puesto en marcha a espaldas de la comunidad internacional.

La única diferencia entre ambos es que mientras Jatami estaba dispuesto a supeditar el programa nuclear a los acuerdos existentes sobre producción de uranio enriquecido, Ahmadineyad utiliza esta herencia como un arma para mantener y reforzar un sistema inte-

grista que ha perdido la mayor parte de su respaldo popular. Aquí es donde realmente está la gravedad de la actitud de Ahmadineyad. El presidente iraní representa la vuelta al periodo más duro y agresivo de la Revolución iraní, cuando la República Islámica se presentaba como modelo político por todos los países musulmanes.

Esta proyección exterior del régimen iraní es propia de la subcultura de los *basijis* y *pasdaranes* (voluntarios y guardianes de la Revolución), en la que se han formado tanto Ahmadineyad como sus principales colaboradores; una concepción del mundo que vive al margen de la realidad, fuera y dentro de Irán. Mientras el resto del país sueña con el desarrollo económico y las antenas parabólicas, Ahmadineyad dice actuar por mandato divino para preparar el retorno del Mahdi, el imam desaparecido del chiísmo que se encargará de hacer la verdadera justicia en la Tierra. Habrá quien argumente que, pese a representar a los sectores más oscurantistas y retrasados de la sociedad iraní, Ahmadineyad ganó unas elecciones pre-

sidenciales. Este argumento es sólo un espejismo. En Irán no existen elecciones de partidos políticos y todo el proceso electoral, desde la elección de los candidatos hasta el recuento de votos, está controlado por una dictadura teocrática que no tolera el menor cuestionamiento del sistema islámico. Esta razón y la incapacidad de Jatami para democratizar el país ha llevado a casi el 70% de los iraníes a dar la espalda al actual Gobierno.

Precisamente por ello, Ahmadineyad está utilizando esta confrontación internacional para explotar en su beneficio los arraigados sentimientos nacionalistas de los iraníes, incluso atrayendo a sectores laicos. Pero esta estrategia encierra un serio riesgo para el propio Ahmadineyad.

El nacionalismo iraní tiene un importante sustrato antimusulmán, que añora el esplendor del imperio persa y que, incluso, considera que el chiísmo no fue otra cosa que una reacción nacionalista de los persas frente a la amenaza otomana y su religión de Estado: el islam suní.

**LAS CLAVES / EL DESAFÍO ATÓMICO**

en el Consejo de Seguridad dada la importancia de los intereses que se juegan sobre todo China y Rusia, es necesario recordar que Irán es objeto en realidad de sanciones desde 1979. Incluso, hace 10 años, en una situación muy distinta de las actuales relaciones transatlánticas, la aplicación unilateral de sanciones por parte de Estados Unidos dio motivo a una seria crisis con la Unión Europea.

Durante la Administración Clinton, en 1996, entró en vigor la Libyan-Iran-Sanctions Act, conocida como Ley Kennedy-D'Amato, por el nombre de sus promotores. Por medio de ésta se estableció que a aquellas empresas extranjeras que invirtieran en Irán o Libia por valor de más de 40 millones de dólares, especialmente en proyectos energéticos, se las sancionaría prohibiéndoles exportar mercancías a EEUU, o comprar bienes o recibir cualquier tipo de servicios del Gobierno federal.

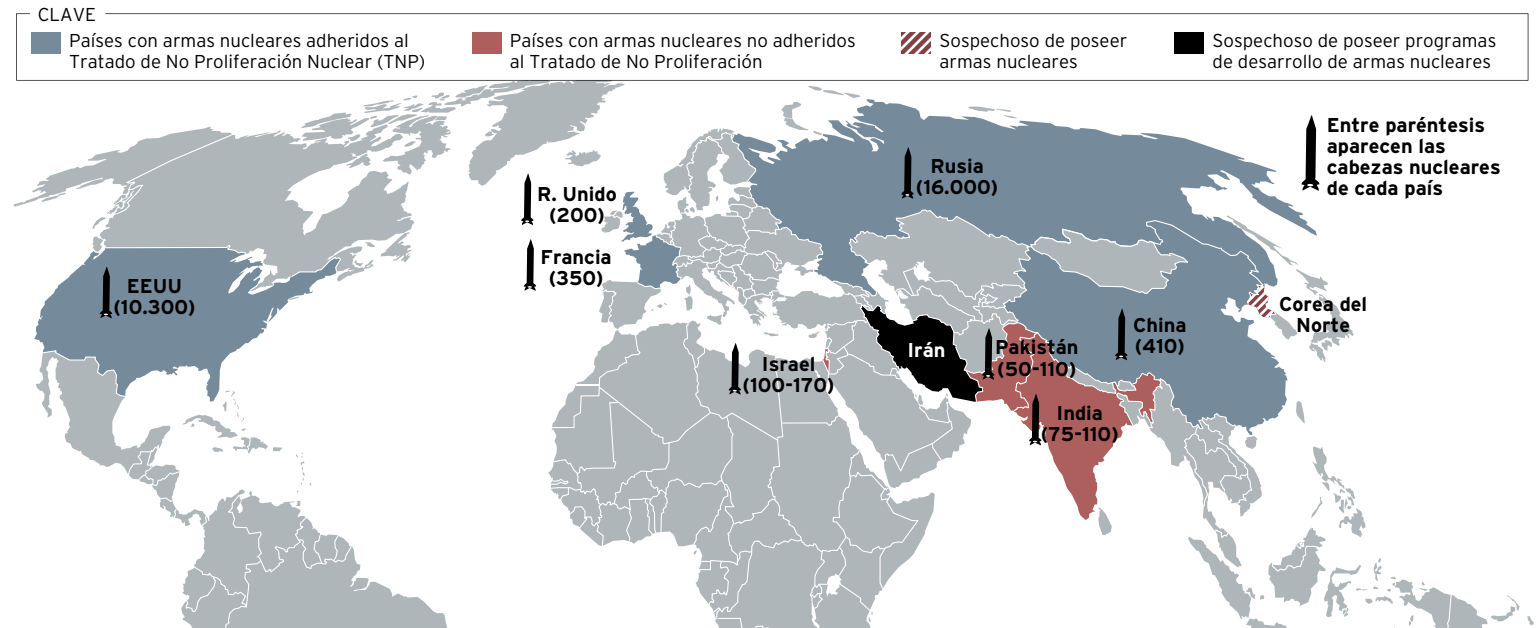
Asimismo, no podían recibir préstamos de entidades estadounidenses, algo similar a las sanciones contempladas por la ley Helms-Burton para quienes comerciaban y comercian aún con Cuba. Esto afectaba a proyectos de varias empresas petroleras europeas, entre ellas los de Repsol, en Libia.

Finalmente la UE amenazó a la Administración Clinton con tomar represalias económicas y recurrir a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y obtuvo así una excepción en la aplicación en la Ley Kennedy-D'Amato, al igual que en la Ley Helms-Burton, para que no se sancionara a los países miembros de la UE que comerciaran con Libia o Irán. Paradójicamente, muchos años más tarde, en 2005, se revelaría que Halliburton, la empresa de la que era en ese momento alto ejecutivo el actual vicepresidente Dick Cheney, vendió durante esa época componentes para una planta nuclear iraní a través de la Oriental Oil Kish, una de las principales empresas privadas petroleras de Irán, violando así la legislación de EEUU. En 2005 EEUU aprobó también la Enmienda Collins que igualmente penaliza a quienes negocien con Irán, Libia o Siria.

**Irán, los talibán y Al Qaeda**

Durante la era Clinton el régimen de los ayatolá era calificado de enemigo número 1 y también entonces el Pentágono mostraba supuestas fábricas de armas de destrucción

**Estado de la proliferación nuclear en el mundo**



**Países que desarrollan programas de armas nucleares pero han cesado sus actividades**



**Países que tienen capacidad para construir armas nucleares pero han rehusado hacerlo**



FUENTE: Carnegie Endowment for International Peace y www.ProliferationNews.org

masiva en territorio iraní. Había un clima prebélico. Hubo importantes atentados contra viviendas de militares norteamericanos en Arabia Saudí en 1996 y la CIA intentó relacionar a Irán con ellos.

Sólo mucho tiempo después se supo que eran obra de Al Qaeda, la misma organización que ya tres años antes había cometido su primer atentado contra las Torres Gemelas y que posteriormente cometería varios graves atentados más pero que, paradójicamente, hasta 1999 el Departamento de Estado no la incorporaría en su lista de organizaciones terroristas.

Luego se podría comprobar que Al Qaeda pertenecía a una rama suní wahabí que precisamente nada tenía que ver con la chií en el poder en Irán y que tan falsa era esa relación, como la que se inten-

tó establecer entre Bin Laden y Saddam Husein. Después del 11-S varios medios estadounidenses se hicieron eco también de «fuentes del Pentágono y de Inteligencia» [The New York Times del 11 de enero de 2002, por ejemplo], según las cuales, Irán habría dado «refugio» a combatientes de Al Qaeda para después lanzarlos contra las tropas de EEUU en Afganistán.

Sin embargo, siempre se intentó relativizar y hasta ocultar la colaboración del régimen iraní con la Alianza del Norte contra el régimen de los talibán, como se minimizó tras el 11-S el hecho de que el vicescanciller iraní, Javad Zarif, enviara al secretario general de la ONU, Kofi Annan, una carpeta con la foto de 290 sospechosos de pertenecer a Al Qaeda que habían huido de Afganistán y habían sido

capturados al intentar buscar refugio en Irán. Como éstas hubo numerosas otras mentiras e intoxicaciones lanzadas contra el régimen de los ayatolá a lo largo de los últimos 27 años, que han generado una serie de tópicos y prejuicios sobre Teherán a nivel internacional.

**Relación simbiótica**

Lejos de ayudar a la comunidad internacional a entender los verdaderos problemas que sufre la población iraní y ver cómo ayudarla, la agresiva e interesada política llevada a cabo por EEUU para recuperar el control de ese riquísimo país del Golfo, termina ayudando al ultra Ahmadineyad, que usa para beneficio propio el discurso nacionalista contra el ataque recibido del exterior. A pe-

sar de sus crecientes amenazas EEUU sabe bien que abrir un nuevo frente bélico en un país islámico y petrolero cuando no sabe como cerrar los de Irak y Afganistán, es jugar con fuego. Por el momento, mantener el tono belicista al menos le puede valer para intentar recuperar su popularidad, actualmente en su mínimo histórico, antes de las elecciones legislativas de noviembre. EEUU juega una vez más, al poner en marcha su propaganda de guerra y su intoxicación mediática, con la falta de memoria histórica de la comunidad internacional. En esa relación simbiótica que parece haber establecido con Bush, Ahmadineyad también podría beneficiarse por ahora, política y económicamente de esa tensión, pero él también juega con fuego.

**En la era del sha Irán pudo tener la bomba atómica**

R. M.

El 18 de noviembre de 2005 la misión permanente de la República Islámica de Irán ante Naciones Unidas publicaba un anuncio de pago en una página en The New York Times para explicar su posición sobre la crisis, que pasó desapercibido en los medios de comunicación, aunque merece recuperar de él algunos datos curiosos. Así recuerda que fue el prestigioso Stanford Research Institute estadounidense el que en 1974, durante la era del sha Reza Pahlavi, el que llegó a la conclusión en un exhaustivo informe de que pese a la riqueza en petróleo y gas de Irán, ese país requería dotarse de energía

nuclear. Sostenía que necesitaba construir plantas nucleares capaces de generar 20.000 megavatios de electricidad antes de 1994. «Ahora –decía el anuncio publicado por la misión iraní–, 30 años, más tarde, aspiramos al menos a alcanzar ese nivel para el 2020, lo que permitiría a Irán ahorrar 190 millones de barriles de crudo o 10.000 millones de dólares por año a los precios actuales». «Con un territorio de 1.648.000 kilómetros cuadrados y una población de 70 millones, que en proyección serán 105 millones en 2050, Irán no tiene elección para acceder a otras fuentes distintas y seguras de energía. Actualmente 46.000 pueblos cuentan con electricidad, comparados con los 4.400 que lo tenían 25 años atrás».

En memorandos de 1978 el Departamento de Energía de EEUU alentaba los esfuerzos de Irán precisamente para sus proyectos de energía nuclear. De hecho el único reactor nuclear con el que cuenta actualmente Irán entró en funcionamiento antes del triunfo de la revolución y fue por un

acuerdo del Gobierno de Reza Pahlavi con el de Gerald Ford.

El veterano laborista rojo Tony Benn, que fue secretario de Estado de Energía del Reino Unido de 1975 a 1979, denunciaba en noviembre pasado en un artículo en The Guardian la hipocresía occidental y la del propio Tony Blair –obstinado en modernizar el propio programa de misiles nucleares Trident británico– en la actual crisis iraní, recordando que el sha negociaba no sólo la construcción de plantas nucleares en Irán con EEUU, Francia y Alemania, sino que había llegado a proponer invertir el 50% del capital de la industria nuclear del Reino Unido.

Tony Benn decía en su artículo que era evidente que en ese momento había un peligro de proliferación nuclear y de fabricación de armas nucleares por parte de Irán, pero que ni a EEUU ni al resto de las potencias occidentales les preocupaba en ese momento lo más mínimo porque el régimen iraní de entonces era un aliado de gran importancia geoestratégica.

El Reino Unido rompió las relaciones con Irán en los años 50 cuando el primer ministro Mosaddeq, que había derrocado al auto-proclamado sha Mohamed Reza Pahlavi, se atrevió a nacionalizar el petróleo, por lo que la poderosa petrolera Anglo-Iranian, con sus 50.000 empleados, pasó a manos del Estado. El sha recuperó el poder poco después a través de un golpe de Estado protagonizado por el general Zahedi y organizado sin mayor ocultamiento por la CIA. El petróleo pasó a ser controlado por un consorcio en el que el Reino Unido participaba en un 60% y EEUU con un 40%.

Cuando en 1979 triunfó la Revolución Islámica y el ayatolá Ruhollah Jomeini volvió de su largo exilio, el petróleo volvió a ser nacionalizado. Sólo un año más tarde, EEUU, con apoyo de Reino Unido, la URSS y otros países, armarían y financiarían a Saddam Husein para que lanzara una guerra contra Irán. Ocho años y un millón de muertos después, la guerra terminó sin vencedores ni vencidos.